

costumbres y usos semimoriscas, y hasta en sus vicios y herejías se advierten resabios orientales; Federico II es un sultán árabe; Ricardo Corazón de León ofrece su hermana al sarraceno Malek-Adel, de quien se declaraba compañero de armas. Fué provechoso que, cuando apenas existía el derecho internacional, el espíritu caballeresco humanizase la guerra, salvase el honor de las mujeres, la vida de indefensos niños y ancianos, asegurase la observancia de treguas y capitulaciones, la existencia de los prisioneros, e infundiese a los musulmanes ideas que jamás les sugería el libro sacro de su fanático profeta. Un trovero contemporáneo nos refiere, en rudo apólogo, cómo Saladino deseó ser armado caballero por el príncipe Hugo, a quien cautivó peleando. Hugo hace que el mahometano peine y aliñe sus cabellos y barba: después le ordena bañarse: el sultán le pregunta el sentido de aquellas ceremonias.—“Señor, ese baño en que te bañas, significa que así como el niño, limpio de todo pecado sale de las fuentes bautismales, así debes salir tú, sin mancilla, y tomar un baño de honor, cortesía y bondad.”—“Por Alá el grande—responde el sarraceno—que me place el principio.”—Prosigue el trovero narrando las demás fórmulas: a cada rito, Saladino pregunta, Hugo explica: la vesta de blanco lino es la pureza que el caballero debe guardar: la roja sobrevesta, la sangre que ha de estar pronto a verter por su fe; el negro calzado, la memoria de la muerte que cura vanidad y soberbia; las espuelas, el deseo de correr en servicio de Dios. Concluida la ceremonia, armado caballero el emir, dícele el cristiano:—“Ahora eres mi compañero y amigo; tengo derecho a pedirte prestado, y te pido la cantidad necesaria para mi rescate.”

Por la iniciación que la precede, por la confraternidad moral que representa, la Orden de Caballería, que se precian de recibir los musulmanes, es fruto del Cristianismo. Buena parte de sus tendencias procede, sin embargo, de la raza germánica, aventurera y andante cual las golondrinas, que salía de los bosques en demanda de altas empresas que acometer, y que en la jerarquía de la tribu poseyó el germen de la nobiliaria; así como de la raza normanda, los Guiscardos, los Rogeres, que con

un puñado de piratas intimidaban a Europa, y con una flotilla de esquifes endebles ganaban un trono; pero el Cristianismo señaló más altos fines a la irreflexiva y feroz valentía de los pueblos conquistadores y les mostró, como objeto de la actividad bélica, no saqueos y estragos, sino la defensa de la religión, la justicia, el amparo de menesterosos y oprimidos. De tirano pasa el caballero a redentor: admirable metamorfosis, progreso moral que sólo la Iglesia pudo obtener en aquellos siglos. Ideas caballerescas se comunicaron al pueblo: cuando Felipe Augusto, despreciando juramentos prestados sobre los Evangelios, quiere invadir a Normandía, niéganse a seguirle sus vasallos.

Unidas caballería y religión, produjeron las Ordenes militares. Vió el siglo XII surgir milicias extraordinarias, obligadas a la doble tarea de vencerse a sí mismas con la continencia y con las armas a los infieles. Frente al Santo Sepulcro, sirviendo humilde hospicio de palmeros, comenzaron los Hospitalarios de San Juan: su prior Gerardo de Ton les fijó regla y traje: túnica negra, y en el pecho blanca cruz. La región aventurera y entusiasta por excelencia, la Península Ibérica, da ella sola seis Ordenes, consagradas en cuerpo y alma a la reconquista; Raimundo de Fitero idea la de Calatrava; los hermanos Suárez y Gómez, aconsejados de un ermitaño, la de Alcántara; los Santiaguistas se proponen defender a los peregrinos que van a Compostela; la confraternidad caballeresca de Evora y Avis reúne a los hidalgos portugueses; Alfonso Enríquez, sintiéndose escudado por luminoso arcángel cuando se metió entre las haces moras a recobrar el estandarte del reino, instituye la de San Miguel. Dedicase la de Malta a proteger la navegación y el renacimiento del comercio, y es por espacio de más de un siglo centinela avanzado que impide al turco lanzarse sobre Italia. Más útil todavía, la Orden Teutónica, establecida en Alemania bajo la regla de San Agustín, defiende a Europa de las invasiones septentrionales, sojuzgando a las errantes razas de las orillas del Báltico, dando tiempo a la civilización para organizarse y resistir el empuje de los mogoles, hordas sin patria, límite ni frontera, movedizas como

los témpanos de hielo y el polvo de las estepas, y fundando la mayor parte de las ciudades de Prusia: en suma, constituyendo la Alemania del Norte. Célebre entre todas las restantes por su poder, extensión y riqueza, su prestigio poético, su trágica y oscura historia, es la Orden del manto blanco con roja cruz: el Temple. Tan reducida era al principio, que en el transcurso de nueve años no pudo afiliar más de nueve miembros; tan pobre, que montaban dos Templarios en un solo caballo; tan dependiente, que el patriarca de Jerusalén les daba habitación cerca del Templo Salomónico, de donde provino el nombre de la Orden. Su regla, austera, mística, belicosa, es obra del apóstol de las Cruzadas, San Bernardo. El mismo dibuja con trazos enérgicos al templario primitivo: pelo cortado al rape, barba erizada y polvorosa, cutis requemado por el hierro y el sol, jinete en fogoso bridón, incansable campeador, hallando su deleite en las armas y su reposo en las fatigas. Así vivían, en efecto, los individuos de aquella Orden insigne; cristianos por la devoción, por la sobriedad árabes, siempre galopando al través de la inflamada arena del desierto, buscando palmeros a quienes escoltar o sarracenos con quienes reñir, reclamando y disputando a los Hospitalarios el derecho de formar la vanguardia en los asaltos y la retaguardia en las retiradas. Era precepto para el templario aceptar siempre el combate, aun hallándose uno contra tres; no podía pedir cuartel, ni ofrecer rescate, ni entregar lienzo de muralla ni pulgada de tierra.—“Id—les exhortaba San Bernardo,—expulsad a los adversarios de la cruz de Cristo, seguros de que ni la vida ni la muerte os privarán del amor de Dios. Ante todo riesgo, decid: *vivos o muertos pertenecemos al Señor...* ¡Gloriosos los vencedores, felices los mártires!”—Temible escuadrón de frailes batalladores, el Oriente tembló ante ellos; no pudiendo vencerles, les corrompió, les bastardeó, hasta que en siglo XIV las inmensas riquezas de la Orden y la codicia de un rey causaron la pérdida total de los que el acero no supo randir nunca. Bien mirado, todavía sorprende que se mantuviese puro tanto tiempo el instituto de los Templarios. Apartados de su patria, dueños de sí mismos, expuestos a todas

las tentaciones que sugiere la guerra, era su situación estado de violencia perenne. Los caballeros de Europa iban al Asia cuando podían o querían, impelidos por la piedad o el remordimiento; luchaban, morían, o se volvían a su país. Los Templarios se estaban allí fijos, constantes, siempre armados y con el pie en el estribo para salir a rechazar a los árabes; en los breves intervalos de paz, el clima les incitaba al regalo y la pereza, al lujo sensual de Oriente, al abuso de las ricas armas, de los muebles opulentos, de los soberbios jaeces, de los refrescos y golosinas; a la posesión del esclavo oriental, sumiso y servil como ninguno. Tenían los señores feudales de Europa vasallos: los Templarios volvieron a Roma y al paganismo, sosteniendo esclavos. Los tesoros que la cristiandad les ofrecía por precio de su sangre y valor acrecentaron la soberbia de la Orden, que llegó a poseer reinos; sus privilegios eximían a los Templarios del fuero común; no había estado en que no se alzasen, ceñudas y almenadas, sus fortalezas. Degeneraron hasta faltar a sus tradiciones pactando con los infieles, con los más detestables, la secta visionaria y terrible de los *asesinos*. Por tales modos preparó el mismo Temple la catástrofe, miserable fin de su gloriosa historia. Pero ¿es mucho que degenerasen los batalladores, si los contempladores se relajaban también? Para entender la misión de hombres como San Bernardo, hay que considerar las alternativas de fervor y corrupción de las Ordenes monásticas, su nacimiento y desarrollo, sus épocas de pureza y celo, el oficio civilizador que desempeñaron.

Desde el principio del Cristianismo asoman en Oriente los monjes. Fueron los primeros hombres piadosos que, sin abandonar el siglo, vivían en él con rigor y abstinencia, practicando devoción más acendrada: sin ligarse con voto alguno, solían guardar castidad y permanecer célibes. Pronto la sed de mortificaciones les movió a apartarse del mundo, a sepultarse en las soledades de la Tebaida, pasando de ascetas a anacoretas y ermitaños. En breve, cediendo al prestigio de algún solitario famoso por austeridades y virtudes, o al invencible instinto social del hombre, los diseminados peniten-

tes se agruparon, y construyendo próximas unas a otras sus chozas de tierra y ramaje, se juntaron para rezar, para leer: así tuvo principio la comunidad y el monje. Adelantaron en su idea de asociación: en vez de chozas o grutas aisladas, construyeron un edificio, vasto, capaz para todos, el cenobio: ya tiene la comunidad duradera forma; sujetáronse voluntariamente a un mismo método de vida, a prácticas, rezos y horas señaladas de antemano: ya existe la regla. Mas no todos los solitarios se avinieron a tal organización: el desierto servía de asilo juntamente a ermitaños, anacoretas, monjes y cenobitas, y entre los anacoretas mismos no todos vivían de igual manera: unos imitaban la formidable y célebre penitencia del Estilita, que pasó su vida sobre la estrecha plataforma de una columna; otros se encierran a meditar en grutas sombrías, con tosca cruz de ramas a que sirve de pedestal humana calavera; otros moran en carcomido tronco. Hasta fines del siglo IV, la regla de San Basilio unificó algún tanto el instituto monástico. Fué la institución importada a Occidente: arrojado de su silla San Atanasio, retiróse a Roma y le acompañaron varios monjes. En ningún modo formaban éstos parte del clero: se les consideraba enteramente laicos: ni recibían órdenes, ni dependían de la Iglesia más de lo que depende el común de los fieles. Libres en su género de vida, las puertas del mundo no se cerraban nunca para ellos.

Hijos de la tendencia mística y contemplativa del Asia, el Occidente, al pronto, no les conoció. En vez de la espontánea, popular y ardiente simpatía que acogió ocho siglos después a las Ordenes mendicantes, los primeros monjes hallaron, en la sociedad semipagana todavía en que penetraban, repulsión y horror. Habiendo fallecido extenuado por el ayuno la joven penitente Blesilla, el pueblo gritaba en sus funerales:—“¿Cuándo arrojaremos de la ciudad a esta detestable raza de monjes? ¿Por qué no les apedreamos?”—Mas poco a poco se vieron arrancadas las últimas raíces del paganismo: imperó el Cristianismo en las costumbres, y los monjes fueron amados y comprendidos. Adaptáronse ellos a su vez al genio del país en que vivían, y saliendo de la abs-

tracción contemplativa se manifestaron más activos, más sociables que en Oriente. Pero la libertad extrema de su vivir se prestaba al abuso y al desorden. Un italiano, de noble familia, nacido en momentos desastrosos para Italia, cuando hérulos y ostrogodos se disputaban la posesión de Roma, probó a sujetar a disciplina severa aquellas falanjes. Benito hacía vida eremítica en una caverna, cerca de Subiaco, en la campiña romana; sus actos extraordinarios, el crédito de su austeridad, le atrajeron numerosos discípulos; y así que hubo impuesto el método claustral a los nuevos monjes, sucedió un caso horrible; enfadados de su rigidez, trataron de envenenarle en el cáliz. Notable diferencia entre el siglo VI y el XIII. San Francisco de Asís no conoció la amargura de que sus propios discípulos pusiesen asechanzas a su vida. La época del de Asís es la plenitud cristiana.

Perseguido, amenazado, Benito se refugió en Monte Casino, cumbre pagana aún, presidida por el numen de Apolo. Hizo añicos la estatua y fundó un monasterio, donde acabó sus días, y desde el cual publicó y extendió su *Regla* de la vida monástica: reduciase a abnegación, obediencia y trabajo manual sobre todo, cláusula que señaló a los monjes rumbo civilizador: restaurar la agricultura. El esclavo romano había labrado la tierra por precisa necesidad, maldiciendo la semilla que sus manos arrojaban al surco. Europa, cultivada en las regiones a que alcanzaba el poderío de la república y su organización político-militar, en los puntos abandonados a la libre iniciativa del hombre conservaba su estéril virginidad, era enmarañado bosque desierto. Misioneros y labradores a la vez, los monjes prefirieron los sitios incultos y bárbaros, imponiéndose la obligación de roturarlos, desmontarlos y fertilizarlos, porque su regla les enseñaba que la ociosidad es enemiga del espíritu. Los nombres de monasterios que andando el tiempo fueron emporios de riqueza y amenidad, revelan el primitivo horror del lugar en que se fundaron. A la obligación del trabajo se unieron los votos perpetuos con el previo noviciado, su consecuencia natural. Hasta entonces el monje podía, si quería, volver a la vida mundana, y abundaban ciertos *girovagos*, hoy monjes, mañana se-

glares, escandalosos y holgazanes siempre, que andaban tomando y dejando la penitencia, como se deja el zapato usado para calzar otro nuevo. San Benito fijó aquellos elementos flotantes, instituyó la obediencia, la renuncia a la propiedad individual. La sabia regla corrió por todas partes, y prevaleció: a fines del siglo VIII apenas se encuentran más Ordenes monásticas que las benedictinas.

Lastimosa era en el siglo VIII la decadencia del clero secular: dueños de pingües haciendas, los clérigos hacían vida enteramente civil y laica; partícipes del ardor belicoso de los bárbaros, emprendían expediciones guerreras; el oro les manchaba, les ensoberbecía el poder. Hasta mediados del siglo VIII van disminuyendo los Concilios y apagándose el fervor. Mas la reforma vino, como siempre, de la iglesia misma, por medio de los monjes. No se limitaron a cultivar el suelo, a penetrar, colonos pacíficos, en las medrosas selvas que la mitología céltica y odínica pobló de terribles y misteriosas divinidades, a desecar los pantanos, cuyas emanaciones emponzoñaban la atmósfera, sino que contribuyeron también a purificar el ambiente moral e intelectual. Cada vez se acercaron más a la madre del espíritu, la Iglesia; al principio se constituían libre y espontáneamente, después se habituaron a sujetarse a la inspección de los obispos, y así vinieron a influir de modo indirecto, pero seguro, en la jerarquía eclesiástica. Con lumbre de ciencia ayudaron a disipar las nieblas de la barbarie. Todo monasterio fué una escuela; en algunos se imponía al novicio la obligación de enriquecer la biblioteca con un libro útil; había monasterios que se comprometían a escribir las crónicas de la villa que los albergaba en su recinto. Mientras corren los siglos de hierro en que Europa enmudece aterrada con las invasiones, la Historia habla por boca de los monjes; sólo ellos conservan sosiego y serenidad de ánimo suficiente a redactar los anales de épocas tan agitadas y oscuras; apacibles filósofos, no turbados por las horribles calamidades que les cercan, resucitan la vida intelectual, merced al hábito de meditar, de refugiarse en mundos superiores cuando la tempestad se desencadena en éste. Casiodoro prescri-

be a los monjes los trabajos literarios; Carlomagno escribe al abad de Fulda para advertirle que no se limiten a prácticas religiosas, sino que cultiven ciencias y letras; en Escocia e Irlanda, los monasterios tienen carácter de verdaderos colegios de ciencias físicas y naturales, donde se recogen con esmero los fragmentos del saber druidico; un discípulo del monje San Columbano, Virgilio, obispo de Salzburgo, es el primero en afirmar la existencia de los antípodas y redondez de la tierra. No olvidemos los inmensos servicios prestados por los monjes como calígrafos, encuadernadores, copistas. Gracias a ellos llegaron a las modernas generaciones los restos de la civilización latina y griega, los monumentos arcaicos de las literaturas romances. El monje, encorvado desde el amanecer hasta que el sol transponía, sobre el folio de pergamino, gastaba ojos y vida en preservar los tesoros de la humanidad; proverbial llegó a ser el trabajo lento, paciente, erudito, enorme, de los benedictinos. Obrero anónimo y humilde de la ciencia, no desmayaba el monje; cuando moría, otro ocupaba su puesto. Hasta el siglo XII, monasterios, abadías y capítulos regulares suplen a las Universidades. Si al pronto difícil de aclimatar, el árbol monástico dió después gallarda muestra de su fecundidad y lozanía. Un suceso dramático y portentoso incitó a Bruno, presbítero de Colonia, a fundar aquella mortificadísima y ascética religión de los Cartujos—silenciosa como la tumba,—a la cual se debe la conservación y copia de tantos libros y manuscritos. Norberto de Gened, opulento canónigo, vió caer a sus pies un rayo, y estableció los Premostratenses. La devoción que inspiraba la Virgen hizo brotar la Orden del Carmelo. Asquerosa enfermedad oriental, conocida por fuego de San Antonio, produjo los Antonianos, que cuidaban a los atacados de ella. Para redimir a los cristianos que gemían prisioneros de los sarracenos, surgieron Trinitarios y Mercenarios. A Cluny y el Cister cupo la gloria de predicar la cruzada: eran poderosas Ordenes; el superior de Cluny se llamaba *Abad de los Abades*; el Cister contaba entre sus afiliados a las bizarras cofradías militares de España y Portugal: Santiago, Alcántara, Calatrava y Evora. Ma

33706

avenido San Bernardo con las riquezas y fausto de los Cistercienses, fundó el instituto severo de Claraval. Es de advertir que al comenzar San Bernardo su reforma, y lo mismo cuando Roberto de Molesme quiso reintegrar en su pristino rigor y pureza el Císter, los monjes viejos se quejaron, protestando ser imposible tornar al fervor de la primitiva Iglesia; y, sin embargo, el porvenir reservaba a Santo Domingo y a San Francisco.

No fueron solamente los monasterios asilo de las almas puras, sedientas de ideal, que huían del mundo: sirvieron también para rehabilitar, para consagrar el arrepentimiento de los criminales; derramóse el rocío vivificante de la gracia hasta sobre la estigmatizada frente de seres que la sociedad tolera despreciándolos. Roberto de Arbrisel, hombre candoroso y ejemplar, penetró cierto día en una casa infame, y sentándose ante el fuego comenzó a calentarse los pies. Rodeáronle las cortesanas, creyéndole tan pecador como ellas. El recién venido rompió entonces a exhortarlas, a hablarlas de la misericordia divina. Aquellas desdichadas le siguieron en tropel, y Roberto fundó en el valle de Fontevrault dos monasterios de regla benedictina, uno para cada sexo, sin que su pía simplicidad le permitiese advertir que la proximidad y trato frecuente de los habitantes de ambos monasterios ponía el escándalo al lado de la conversión, el yerro al lado de la penitencia. Preciso fué modificar el instituto, pero la empresa de Roberto será siempre rasgo divino de piedad y amor, comentario del tierno episodio de Magdalena en el poema evangélico.

No hay Orden monástica que no encarne y objetive alguna idea moral y civilizadora en grado sumo. En Toscana, una Orden tomó por oficio proteger y hospedar a los viajeros, construir caminos y calzadas; otra se formó en Parma para tender y custodiar un puente sobre ancho río; en Normandía hubo una dedicada a erigir iglesias; sus individuos madrugaban, comulgaban, se reconciliaban con sus enemigos, elegían maestro de obras, y emprendían con ardor el trabajo. Los Humillados santificaron la industria más vulgar; los Servitas dieron el ejemplo de renunciar al mundo, cargarse de cadenas y vivir de limosnas, por humildad, por abnega-

ción completa. Tantas formas de vida religiosa, tantas manifestaciones de un mismo sentir, son en puridad la nota común, el principio unitario que el historiador se complace en hallar bajo la diversidad de la Edad Media; bien como los que estudian filosóficamente la naturaleza distinguen tras la variedad individual la unidad específica, y sobre la distinción de las especies la armonía general del plan creador.

En las manifestaciones más bellas de la actividad e inteligencia humanas, artes y literatura, hallamos, a pesar de la imperfección de los medios técnicos, que está la Edad Media regida por la propia ley de unidad. Cuando la obra artística es tal que a una época dada, y sólo a ella, puede pertenecer, es que hay concordancia profunda entre el fondo y la forma, entre el artista y su creación. Hoy logran los artistas lauro y hasta sello de originalidad con la imitación de lo antiguo; pero carecen de ideal estético que exclusivamente les pertenezca, sobre todo en lo que se refiere a artes plásticas, ya que la literatura y la música sean excepciones de esta regla. No así la Edad Media; sus obras llevan sello genuino. La imitación le era imposible, y queriendo ajustarse al modelo de las letras latinas, no acertó a prescindir de su estilo, a la vez ingenuo, pedantesco y bárbaro. Porque es de notar que en la Edad Media la barbarie artística va acompañada de cierto refinado atildamiento, según es fácil advertir en la poesía de los trovadores.

Es el trovador personaje cuya existencia ficticia y romancesca hizo olvidar o eclipsó su personalidad real, no menos poética e interesante. El trovador no pertenecía a determinada clase social, y así podía ser Bernardo de Ventadour, hijo de un siervo, como Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra; sin embargo, requeriase estar armado caballero para profesar la gaya ciencia. La poesía trovadoresca es eminentemente laica; tiene otro carácter más: es nacional, y, de no serlo, parece. Jamás descuida el trovador las armas por el laúd; y aunque dada la forma elegante y rebuscada de sus versos parezca que el trovador anuncia edades de mayor cultura, su musa, en el fondo, es bárbara y feudal. Mientras la Iglesia trabaja por unir, por concertar a Europa, el trovador

mantiene vivos los odios de país a país, de raza a raza; azuza al provenzal contra el francés, al señor contra el rey, al pueblo contra los eclesiásticos; y al fin de sus años, cansado de galanterías y aventuras, suele parar en el claustro, atraído por el omnipotente imán de la fe. El oficio del trovador es distinto y opuesto al de la Iglesia; mientras ésta propende a pacificar y moralizar, el trovador canta en sonoras rimas la hermosura de las mujeres y el estrépito de los combates. Ciertamente que la Iglesia a su vez predicó incesantemente, por espacio de cuatro siglos, una guerra, la Cruzada, y que las frases de San Bernardo a los Templarios son un himno bélico; pero la guerra de la Iglesia no se parece a la exterminadora y destructora lid que los trovadores ensalzan. Hemos oído la voz de San Bernardo; escuchemos al trovador Beltrán de Born, cuyas estrofas respiran fuego y sangre:—"Pláceme—dice—que ante el invasor huyan despavoridos hombres y rebaños, y que tras ellos corra, rugiendo, gran golpe de gente armada. Causame regocijo ver el fuerte castillo sitiado, los muros agrietados que se desmoronan; me agrada el valiente hidalgo que llega primero al ataque con su poderoso bridón, y se presenta impávido, animando a su gente con denuedo y proezas. Mirad cómo la espada y la lanza rompen el casco y el escudo, cómo los mesnaderos menean el hierro, cómo huyen sueltas las cabalgaduras de muertos y heridos; cuando esté bien trabada la batalla, ningún hidalgo piense sino en cortar brazos y cabezas: más vale un difunto que un vencido vivo. Dígoos qué ni el comer, ni el beber, ni el dormir, me saben tan bien como oír gritar por doquiera: ¡a ellos! y escuchar el relincho de los caballos que vagan sin jinete en la selva, y las voces que exclaman ¡socorro!, y ver cómo en el foso, sobre la hierba, caen revueltos unos y otros, y mirar los cadáveres, en cuyas ingles se hincan el hierro de la lanza..."—Ni los impulsos de la naturaleza bastan a suavizar tan feroz poesía; he aquí cómo se expresa el vate refiriéndose a su propio hermano:—"Mi hermano quiere arrebatarme el patrimonio de mis hijos... Declaro que le saldrá mal si se atreve a luchar conmigo. Sacaré los ojos a quien intente apoderarse de mis bienes. La

paz me estorba: sólo me agrada la guerra... Traten otros de adornar su mansión y vivir con regalo; lo que a mí me gusta es hacer provisión de lanzas, de espadas, de cascos, de corceles."—¿No parece que vemos al bárbaro del Norte retratarse en estos cantos sanguinarios, y resucitar las orgías guerreras del Valhalla? Este desprecio del fin moral, este pelear por el gusto de dar muerte, este desdén de la vida civilizada y apacible, ¿no eran distintivos de las huestes de Genserico y Atila? Cuando uno de los trovadores más célebres del siglo XIII fué a esconderse bajo el sayal franciscano, San Francisco le impuso nombre diametralmente opuesto al papel que había desempeñado en el mundo: *fray Pacífico*.

Se deja entender el esfuerzo que necesitó la Iglesia para contrarrestar fiera semejanza y conseguir que gradualmente adquiriesen las costumbres tinte de humanidad. Desde luego, a una poesía opuso otra: sus cánticos, sus himnos, sus liturgias enteras son modelos de literatura, brillante y oriental a veces, a veces patética, elegiaca y sombría, siempre elevada y profunda. Habíanse apoderado los trovadores de los dialectos meridionales; en el siglo XIII, los poetas frailes y los teólogos señorean las lenguas romances, y riman y escriben en el idioma del pueblo; San Francisco de Asís y su discípulo Jacopone de Todi aprovechan el primer florecimiento del bello lenguaje italiano para cantar eclipsando a los trovadores; y Dante, poeta sintético por excelencia, Dante, que asocia en su vasto poema ambas musas, la de los trovadores, ya decadente, y la triunfante de la Iglesia, alumbrada con todas las luces teológicas y filosóficas el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, y al par exhala el grito de las discordias civiles. Ya en el siglo XIV, Raimundo Lulio, gran trovero y trovador, mártir y apóstol de la fe, sabe emplear aquella lengua catalana, la lengua de las cortes de amor y de la gaya ciencia, en escribir versos místicos; los trovadores han muerto, la Iglesia ha vencido a la barbarie. En el país feudal por excelencia, Alemania, los *minnesinger* pululan, de castillo en castillo, de un príncipe a otro; son coronados y festejados; su historia es una leyenda; uno de ellos, Gualtero de Vogelweide, asume el carácter de poeta nacional, que se obser-

va en muchos trovadores, y, antes que nadie, canta la patria alemana. Esta pléyade brilla en el famoso certamen poético de Vartburga, emblema de la victoria obtenida por la literatura eclesiástica sobre la poesía trovadoresca. Reünense seis *minnesinger* en el palacio del landgrave de Turingia y discuten acerca del valer de los distintos príncipes alemanes; pasan a retarse a poéticas justas, en que el vencido, el inferior en mérito, perdía la vida en pena de su inferioridad; reminiscencia pagana y bárbara a la vez, que recordaba las condiciones del combate de Odín con el gigante, y la costumbre de los antiguos germanos de jugar o apostar con frecuencia suma la libertad y la cabeza. Verificase la liza hallándose reunida la corte y asistiendo el verdugo, enrollado a la cintura el dogal para colgar al vencido. Como Volfrango de Eschembach fuese ganando la palma, Enrique de Ofterdingen busca al sabio Klingsor, personificación de la ciencia humana, que a su vez lucha con Volfrango; mas no pudiendo vencerle, llama en su ayuda al diablo, el cual arrolla a Volfrango fácilmente; y ya se dispone éste a declararse vencido y pone el cuello al dogal, cuando le ocurre cantar el divino misterio de la Encarnación; apenas lo realiza, huye el diablo velozmente, dando fin la batalla con el éxtasis místico de Klingsor, que anuncia la aparición de una resplandeciente estrella: el nacimiento de la bienaventurada princesa Isabel, hija de los reyes de Hungría. Así termina la leyenda de la Vartburga, que tan profana comienza.

Mas el arte eminentemente religioso en la Edad Media no es la poesía, sino la arquitectura. Desde el origen del Cristianismo se modifica el ideal arquitectónico. El paganismo naturalista de los griegos abrió franca entrada en el templo a la luz, para que alegrase y dorase la yerta blancura del mármol; el culto oficial y formalista de los latinos quiso edificios correctos y majestuosos; los primeros cristianos, obligados a ocultarse, a esconderse, por temor de las profanaciones, sus vasos sagrados y las reliquias de sus mártires, edificaron la primer iglesia, baja, como oprimida por el terror y la angustia, como doblegada por la humildad y la penitencia; el pesado y corto arco romano comprimió sus puertas, el recinto fué tenebroso

y desnudo. Andando el tiempo, cuando el Cristianismo se alza triunfante, al soplo del espíritu florecen y se yerguen las torres; sobre la masa de granito se esparce como un hálito de amor que la anima y eleva; la flecha se lanza al cielo; la ojiva deja paso a la lumbré diurna, descompuesta en tornasolados cambiantes; el pórtico se abre para recibir a la multitud devota; la rosa mística esplende, como gala nupcial, sobre el pecho de la doncella desposada, Jerusalén celeste, habitáculo de Dios. Bella es cuando nace, con su túnica virginal de piedras, con los follajes de sus capiteles recién abiertos, con el brillo de sus dorados, de sus gayos colores; pero si la mano del tiempo derriba sus bóvedas y cuarteas sus muros, si los invaden ortiga, hiedra y jaramago, la melancolía y el abandono acrecentarán su hermosura.

La ojiva, pupila que sirvió a la Edad Media para contemplar la luz del cielo, es un misterio arquitectónico. ¿Cuándo se abrió por primera vez? Dicen unos que en la más remota antigüedad, entre esos pueblos oscuros a quienes la historia comprende bajo la denominación de pelasgos; otros afirman que entre los árabes, legítimos padres de una arquitectura característica, ligera, transparente, henchida de poesía y gracia; pero yerran: los árabes no pudieron concebir la ojiva. Sus arcos, más rebajados, más materiales, tienen algo del sensualismo del paraíso musulmán: son una herradura o una prolongación horizontal o perpendicular de las dos bases. La ojiva posee la gravedad, el espiritualismo de la teología católica. No nació siquiera en el país cismático, en Bizancio; metrópoli de la decadencia, Constantinopla no mereció engendrar el arte ardiente de los siglos medios. Es quizá lo más admirable de las catedrales la unanimidad del pensamiento religioso que se manifiesta en sus pormenores, atestigüando la existencia de un pueblo entero de artistas, capitaneados por un genio; el arquitecto, cuyo nombre yace sepultado en el olvido. Sea por misteriosos pactos y compromisos de sus secretas cofradías masónicas, sea por humildad cristiana, el nombre de los autores de tantos incomparables monumentos suele ignorarse, en Alemania, en Italia, en España, en Francia; y los planos de los templos se atribuyen, en la misma época de su

construcción, ya a los obispos, ya a los ángeles, ya al demonio. Cooperó el pueblo a la erección de las catedrales, unas veces retribuido, sin salario las más, acarreado materiales y sentando sillares; del ímpetu de fe que le encendía hay un testimonio, una carta escrita en el siglo XII por el abad Aimón a los monjes de Tutberga, documento que todos los historiadores citan; de tal manera conforma con la idea que tenemos de cómo elevaron tan grandiosos monumentos:—"Es inaudito prodigio—dice la carta—ver a hombres poderosos, arrogantes por su origen, hechos a vida regalada, unirse a un carro y acarrear piedras, cal, madera, cuanto se necesita para el santo edificio. A veces, mil personas van uncidas a un carro solo, tan pesada es la carga; y sin embargo, no se escucha el rumor más leve. Cuando se paran en el camino, hablan, pero únicamente de sus pecados, que confiesan entre rezos y lágrimas. Entonces los sacerdotes les exhortan a deponer los odios y perdonar las deudas: si alguno está tan empedernido que no quiere reconciliarse con sus enemigos y rechaza las exhortaciones piadosas, al punto le desunen del carro y le expulsan de la santa compañía."

Unánimes lo afirman crítica y poesía, reflexión y sentimiento; las catedrales son la más sublime expresión artística de la Edad Media. En una particularidad conviene la arquitectura y literatura medioevales: inferiores en elegancia y corrección a las de la antigüedad, son más ricas en ideas y sentimientos; hacen vibrar más cuerdas del alma humana. No sentimos en el ático del Partenón lo que bajo las bóvedas de las catedrales. El Partenón es para nosotros ánfora volcada, urna vacía. La catedral, por desierta y desmoronada que se halle, nos habla de cuanto amamos. Y es que nuestra edad, nuestra patria y nuestro vivir comienzan a la sombra de la catedral. Iniciase la época de prosperidad y desarrollo de la arquitectura ojival después de que transcurra el terrible año 1000; después de que la sociedad se cree segura de su existencia, y Europa de su unidad y poderío. Antes de tal fecha, es la historia de Europa acceso de pánico, profundo, universal. Jamás atravesó la raza humana tan prolongado período de terror, tan duradera crisis de miedo e incertidumbre: ni semana tranquila, ni día seguro; pla-

ga tras plaga, desastre tras desastre. Prescindamos del tiempo en que los bárbaros del Norte se derrumbaban periódicamente sobre la zona templada y meridional de Europa, sin más objeto ni propósito que destruir. No bien sus hordas movibles se fijan y aceptan la vida civil y social, otros azotes las reemplazan: los furibundos piratas normandos, los reyes de mar, los Lodbrogos, los Hastings, cuyas huestes, por solaz y recreo, se arrojan niños de lanza a lanza. Cuando las barcas escandinavas, que en su figura imitan la del dragón o la serpiente, asoman en el horizonte, entre la niebla que envuelve la costa; cuando resuena el toque agudo de las trompas de marfil, tiembla de pavor la ribera; los abades cargan con las reliquias, las mujeres con sus hijuelos, los hombres antecogen sus ganados, y la muchedumbre, espantada, se refugia al interior. Venían los temibles invasores de la región ártica, de Noruega o de las islas del Báltico; eran todavía paganos, adoradores de Odín; consideraban a los germanos que abrazaron el cristianismo traidores y apóstatas, y desagraviaban a su ultrajada y sanguinaria deidad destruyendo cuanto podían, arrasando iglesias, dando pienso a sus caballos en los altares, asesinando clérigos y monjes. Cuando incendiaban algún territorio cristiano, decían mofándose:—"Les hemos cantado la misa de las lanzas; comenzó de madrugada y terminó a la noche."—Llegaban, cuando menos eran esperados, en sus embarcaciones, frágiles, pero rápidas y obedientes al timón como amaestrado corcel al freno: a Inglaterra aboradaran en número tal, que pudieron apoderarse del reino todo, no sin oprimir reciamente a los pobladores y quemar y entrar a degüello los monasterios. De tal suerte se atrincheraba y resistía el paganismo en las nebulosas y vagas regiones del Septentrión, cercando como cintura de hierro a la Europa cristiana. Los dioses de la mitología escandinava, expulsados de sus selvas, se refugian en los páramos glaciales, y no quieren morir aún. Hasta el año 1000 no aceptan los suecos el Cristianismo, que les impone Olao; hasta el siglo XII no se ven extirpados los restos del culto antiguo. En el X, la pagana Drahomira vierte la sangre de San Wenceslao de Bohemia; en el XI perece en testimonio de su fe el príncipe Godescalco. En

dimiro el Grande de Rusia, que andando el tiempo depuso su antigua ferocidad y recibió el bautismo, ofrecía a sus ídolos, a fines del siglo x, humanos sacrificios. Uno de los pueblos que infundió más terror, por las crueldades y desafueros que acompañaban a sus correrías, eran los húngaros; cantábanse letanias en las iglesias para pedir a Dios que libertase a los fieles de la furia de aquellos bárbaros, que a trueque de matar cristianos abrían el vientre a las mujeres en cinta; y hasta que un rey santo, Esteban, mojó la cabeza de los magiares con el agua bautismal, no alborearon paz y cultura en el país que había de ser patria de Santa Isabel. Mas no eran los pueblos del Septentrión única amenaza, única pesadilla de Europa, ni solamente de las tristes regiones polares salían los invasores: también las comarcas donde nace el sol enviaban huestes devastadoras, alfanje en mano. Tiempo hacía que los sarracenos acechaban a España; abrióles la traición sus puertas, y, dueños ya de lo que fué solar de la monarquía goda, fijaron codiciosa mirada en las Galias; lograron establecer en Narbona una colonia; ante Tolosa los detuvo el duque Eudo, pero con dobladas fuerzas volvió a intentar Abderramán la conquista, no sólo de Tolosa, sino de toda Francia; y la conseguiría quizás, a no presentarle el ejército de Carlos Martel dique formidable—"fortaleza de hierro"—dice el cronista;—a dicha fué que los acorazados pechos resistieron la embestida, las agudas espadas francas segaron la mies sarracena, y Europa se salvó. No renunciaron sin embargo los árabes a caer de tiempo en tiempo sobre las Galias ejerciendo el pillaje, ni a enseñorearse de Provenza. Para contener en tanto sus atrevidas incursiones fué preciso el heroico esfuerzo de la renaciente nacionalidad española; pero a pesar del freno que España les impuso, de las costas púnicas salían continuamente flotillas de corsarios sarracenos a infestar el Mediterráneo. Penetraron en Cerdeña, y por largo tiempo no alcanzaron a desalojarles de allí los Papas. Las infelices villas del Mediodía hallaban a cada instante el fuego y el hierro dentro de sus muros; Marsella fué saqueada dos veces en diez años; Borgoña, Italia, hasta Suabia, sufrieron las embestidas de los infieles; la bella Sicilia cayó en su poder, y Palermo se convirtió en

corte de emires. Aterradas las poblaciones de Calabria, se sometían al rey africano, y éste les ordenaba anunciar su próxima llegada a la ciudad de *Pedro el viejo*, a Roma, centro y luz de la cristiandad. Y en efecto, pronto las teas musulmanas incendiaron los arrabales de Roma. Refiere un cronista de la época que cuando volvían cargados de botín los invasores, cerca ya de Palermo hallaron una barca tripulada por dos figuras sombrías, un clérigo y un monje.—"¿De dónde venís?—preguntaron éstos a aquéllos.—Volvemos de la ciudad de Pedro, contestaron;—hemos saqueado su oratorio, devastado el país, derrotado a los francos y quemados los conventos de San Benito. Y vosotros, ¿quiénes sois?—¿Quiénes somos? vais a saberlo,—respondieron los aparecidos;"—y al punto se levantó furiosa tempestad, que tragó la flota entera. Aflicto por las incursiones de los infieles a orillas del Tiber, decía el Papa al rey de Francia:—"Corre sangre de cristianos; los que se libran del fuego y de la espada, son arrastrados a esclavitud, a eterno destierro. Ciudades, villas y aldeas se despueblan y perecen; los dispersos obispos no hallan más refugio que la Sede de los Apóstoles; los templos son guarida de fieras. Ahora sí que es tiempo de exclamar: ¡Felices las estériles, cuyos pechos no amamantaron!"—Este gemido de dolor resuena por todas partes en la primera época de la Edad Media. Sí, la vida era triste y angustiosa para Europa, cuando ni en las costas ni en el interior había disfrutar instante de sosiego ni sembrar grano de simiente sin recelo de que sarracenos, escandinavos o húngaros viniesen a quemar la ya granada mies; en que las madres criaban hijos para verlos partir encadenados y mutilados a la esclavitud, cuando no muertos en sus mismos brazos. Siglos de zozobra y amenaza, tienden un velo de penetrante melancolía sobre las crónicas, las leyendas y las narraciones que de ellos proceden. Si consideramos semejante estado de perenne temor, unido al heroico propósito de defensa que animaba a la cristiana Europa, admira que existan historiadores capaces de acusar a la Iglesia porque alguno de sus miembros tomó las armas para rechazar al enemigo. Sería absurdo en verdad que el Cristianismo, habiendo constituido ya las naciones, tendiese el cuello a sus ver-

dugos lo mismo que cuando habitaba las catacumbas de Roma. Fácil es decir hipócritamente al cristiano: sufre, perece, aniquílate. Inicuo sofisma que señala al Cristianismo, por desenlace y fin supremo, su propio exterminio, su desaparición de la haz de la tierra! La Edad Media no conoció tan risibles escrúpulos, ni en aquellas edades lógicas los concebiría nadie: la Iglesia predicó paz, pero entre cristianos, pues no ignoraba que con los infieles no cabía paz ni concordia, que el duelo era a muerte, la lid sin cuartel; que el preciado depósito de la verdad y la civilización estaba en sus manos, y que los grandes civilizadores, como Carlomagno, habían menester empuñar el arado con una mano, la espada con otra. ¿Es admisible que el obispo y el sacerdote se mantengan enteramente ajenos a los intereses, temores y esperanzas de su grey, mostrándose indiferentes al naufragio social, o lo que es peor todavía, predicando la resignación, el abandono del niño, de la mujer, de los seres débiles, que una vez presa del enemigo, apostatarán por salvar su vida? En tal caso la Iglesia estaría fuera de la humanidad. No basta que el sacerdote enseñe: hay ocasiones en que la doctrina pide la acción. Cuando los sarracenos llegaron a adelantarse hasta los arrabales de Roma, un Papa, elegido precipitadamente para la Sede vacante, León IV, se puso a la cabeza de ciudadanos y tropas, y encendiendo los ánimos con su denuedo acorraló a los invasores hasta la orilla del mar. Al allanar los dinamarqueses sus monasterios, los monjes sajones se distribuyeron en dos bandos: viejos y niños abrieron las puertas a los piratas, y estoicamente se dejaron martirizar y degollar; pero los mozos fuertes, unidos con el pueblo, se parapetaron tras las macizas murallas conventuales, y se defendieron, cuanto fué posible, con flechas y piedras. En casos tan apretados, si el obispo es un anciano, un santo, se pone en oración, como nuestro San Gonzalo, y el mar se sorbe las naos del invasor, o se alza un remolino de polvo que ciega a su ejército. Pero si es hombre robusto, arde su sangre, y estándole vedado manejar la espada toma una maza, y con ella ejecuta proezas. Así, unas veces muriendo y otras luchando, la Iglesia se asoció a las tribulaciones de los fieles, y su corazón latió al compás del de Europa.

A tantas pruebas y calamidades como ejercitaron la paciencia del mundo cristiano en los primeros tiempos de la Edad Media, hay que añadir la más profunda quizá: la trágica alarma del milenario. Pensaron las gentes ver expresamente consignado en el Evangelio que el año 1000 de la Encarnación de Cristo había de concluirse el mundo y perecer toda la raza humana. A medida que se aproximaba la época fatídica, parecían anunciarla males y desdichas sin cuento. El edificio político y social se bamboleaba; los que contemplaban las ruinas del potente imperio romano, podían ver las del carlovingio, tan presto levantado como caído; dividióse primero en naciones, se fraccionó en estados luego, y Europa, después de aspirar a la unidad, se halló nuevamente destroncada y disuelta. Por efecto natural de tantas invasiones, de tanta incertidumbre, quedaron los campos sin cultivo; a fines del siglo x devasta a Europa el hambre, y un celemin de trigo se paga a peso de oro. Es apocalíptico y tremendo el cuadro de la miseria que sobreviene. Los hombres roían raíces de árboles, arcilla, hierbas; cuando aún eso faltó, apoderóse de ellos el furor y se saciaron de carne humana. A la puerta del convento en que Rábano Mauro distribuía a los indígenas víveres y socorros, se representó drama conmovedor: una pobre madre cayó desmayada de hambre, y la criatura que colgaba de su seno continuó buscando en él los manantiales ya agotados de la vida: los que contemplaban escena tan desgarradora rompieron —a pesar del endurecimiento que causa la desdicha común— en copiosas lágrimas: pero un hombre cruel, que mendigaba con su mujer, iba ya a arrojarle sobre el niño para devorarlo, cuando acertó a divisar, no lejos de allí, a dos lobos despedazando a un cervatillo: atacólos y arrebatándoles su presa, se satisfizo y aun partió con la infeliz madre, que ya había recobrado los sentidos, la sangrienta vianda. Esta convivencia del hombre y el lobo era frecuente: la fiera bajaba a devorar los cadáveres que quedaban en las calles insepultos; pero el hombre le disputaba el corrompido manjar: en los mercados se ferriaban miembros humanos, criaturas abiertas en canal y vaciadas como los corderillos para el asador. Al pálido espectro del hambre se unió su negro compañero, la pes-

te, uno de esos contagios extraños de la Edad Media, cuyos síntomas consistían en despegarse la carne de los huesos y caer deshecha y podrida. No es mucho que el orbe convirtiese la mirada al cielo, implorando piedad; que los reyes envidiasen a los monjes; que los claustros se viesan asaltados por muchedumbres que en masa querían sepultarse allí, morir siquiera en paz, sin ver tanto horror; que el pueblo humedeciese con lágrimas y puliese con sus rodillas la piedra del umbral de los santuarios; que las sacras reliquias fuesen llevadas procesionalmente por calles y plazas, y que los ricos, esperando, según expresamente declaraban, el fin del mundo, legasen a las iglesias todo cuanto poseían. La actividad humana se había paralizado: ocioso fuera edificar ni labrar la tierra, cuando iba a deshacerse y aniquilarse al son de la trompeta final. Mas el abatimiento que precedió a la temida fecha sólo puede compararse con el júbilo de la humanidad al ver que pasaba, y que el sol continuaba brillando en el cielo, y germinando los campos y la naturaleza inalterable en su serenidad majestuosa. Sobre todo exultó el pueblo, porque había temblado más: los grandes y los reyes—si hemos de estar a las indicaciones de las crónicas—redimidos del hambre por el oro, recelaban menos la catástrofe. Etelredo de Inglaterra se hallaba muy ocupado en tratar con los dinamarqueses; en Normandía, el conde Raul sometía a la liga de los villanos, infligiendo a sus jefes torturas atroces; Otón de Alemania no se descuidaba en invadir a Italia, ni en ordenar el suplicio de Crescencio: el emperador de Oriente, Basilio, arrancaba los ojos a los prisioneros de guerra cogidos en Bulgaria y Macedonia; los reyes de Navarra y Castilla, no cejando en la reconquista, triunfaban en la jornada de Calatañazor: en suma, parece que los terrores del milenario influyeron mucho en la ignorante multitud, bien poco en los altos: pero bastó, porque el arte que va a nacer saldrá del pueblo: arquitectura ojival, música, poesía romance, todos los capillos prontos a abrirse, todas las ideas ansiosas de manifestarse, infundidas por la melancólicas impresión del pasado y las esperanzas risueñas del porvenir, flotan en la masa popular, y sólo aguardan un instante de tranquilidad para desenvolverse; conjurado el fan-

tasma del año 1000, álzanse doquiera las catedrales.

La catedral, gigante de piedra, necesita voces que salgan del ancho pulmón de sus naves y expresen la profundidad del sentir, la grave contrición, el recogimiento del espíritu y la eficacia y ardor de la plegaria. Un acento poseía ya, pero aislado, solitario; los modos ambrosianos, aboliendo el ritmo, no habían logrado establecer la diafonía, la sucesión de sonidos, y aquel canto parecía huérfano, monótono, sin fuerza para llenar la vasta cavidad del edificio; convenía algo que imitase el poderoso conjunto de las voces del pueblo, al elevarse desde la nave hasta las bóvedas, como un himno. El empleo de sonidos diversos y simultáneos comenzó en el siglo XI, y, pasada la época del terror, se propagó en las iglesias el órgano. ¿Cómo empezó? ¿Dónde resonaron por vez primera sus acordes sublimes? No se sabe; ignorado como el de los arquitectos permanece el nombre de los maestros organeros; y sin embargo, complicada y difícil debía de ser la construcción de instrumentos tan colosales; el órgano de Alberstad necesitaba diez personas que diesen a los fuelles; el de Magdeburgo, doce; el enorme de Winchester, setenta. Así como la catedral es la más perfecta creación arquitectónico-religiosa, el órgano es la más acabada obra religioso-musical; sus múltiples armonías, que brotan de un soplo mismo, son como la diversidad de formas que adopta la fe en las almas; las notas, ya graves, ya sonoras, ya agudas, que unidas fluyen como raudal inmenso de sonos, parecen imagen de la Iglesia, donde confesores, mártires, monjas, vírgenes, alzan a un tiempo sus voces para dar testimonio de Cristo. Por modo maravilloso despierta el órgano la impresión misma que produce toda la catedral; la idea de lo infinito, contenida en sus acentos, que pueden prolongarse y durar a medida el deseo, en su vibración ligada y misteriosa. A esta voz interior de la catedral contesta otra desde lo alto de las torres, grave y amorosa, que convoca al pueblo: la campana. Hoy, que en cualquier teatro o concierto, es dado escuchar música clásica, no comprendemos lo que fueron campana y órgano para el hombre de la Edad Media, contemplativo y creyente. Ambos instrumentos expresaban lo que él no podía; meditaciones, éxtasis, cla-